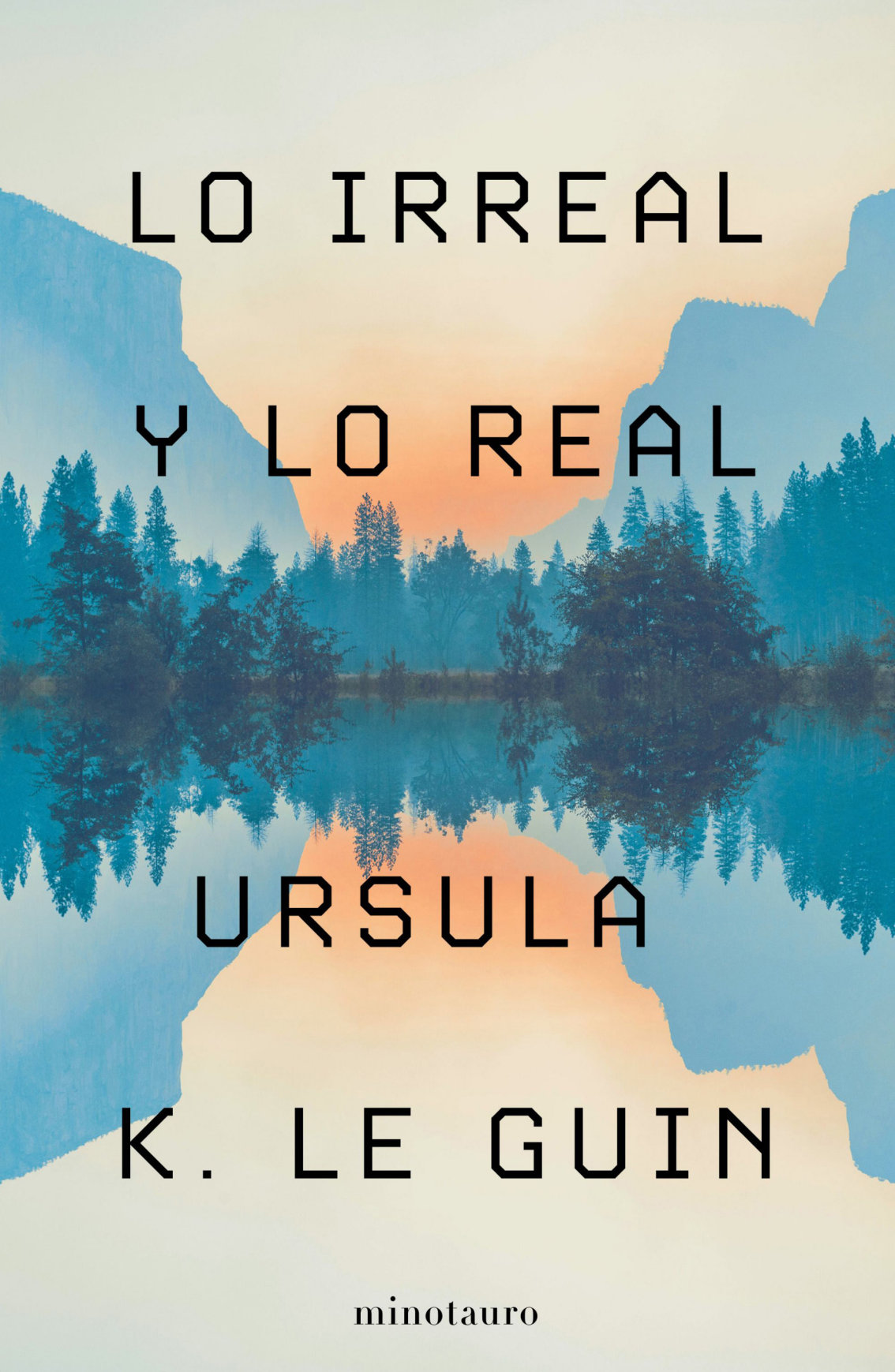




LO IRREAL

Y LO REAL

URSULA

K. LE GUIN

minotauro

LO IRREAL

Y LO REAL

VOLUMEN 1

RELATOS SELECCIONADOS

URSULA

K. LE GUIN

minotauro

## Sumario

### DÓNDE EN LA TIERRA

|                                                |     |
|------------------------------------------------|-----|
| Introducción .....                             | 11  |
| 1. Hermanos y hermanas .....                   | 17  |
| 2. Una semana en el campo .....                | 59  |
| 3. Las llaves del aire .....                   | 85  |
| 4. Países imaginarios .....                    | 101 |
| 5. El diario de la Rosa .....                  | 111 |
| 6. La dirección del camino .....               | 137 |
| 7. El burro blanco .....                       | 145 |
| 8. El arpa de Gwilan .....                     | 149 |
| 9. El león de May .....                        | 157 |
| 10. Chicas búfalo, ¿no salís esta noche? ..... | 167 |
| 11. Campamento ecuestre .....                  | 201 |
| 12. El mar es inmenso .....                    | 207 |
| 13. Los niños perdidos .....                   | 219 |
| 14. Mensajes .....                             | 221 |
| 15. Sonámbulos .....                           | 225 |
| 16. Mano, copa, concha .....                   | 237 |
| 17. Ether, OR .....                            | 263 |
| 18. Las cuatro y media .....                   | 291 |

## Hermanos y hermanas

El cantero herido yacía en una cama alta de hospital. No había recobrado la conciencia. Su silencio era grandioso y opresivo; el cuerpo estaba bajo una sábana que caía en rígidos pliegues, y su rostro se mostraba tan imperturbable como una piedra. La madre, como si se sintiera desafiada por ese silencio e indiferencia, habló en voz alta:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Es que quieres morir antes que yo? ¡Miradlo, miradlo, mi hermosura, mi halcón, mi río, mi hijo!

Su dolor era jactancioso en sí mismo. Aprovechaba la ocasión como el ratón una migaja de queso. El silencio del hijo y los lamentos de la madre significaban lo mismo: que lo insoportable era bienvenido. El hijo menor se quedó de pie, escuchando. Lo hundían con aquel dolor tan grande como la vida. Inconsciente, sin ser capaz de oír nada, roto como un pedazo de tiza, ese cuerpo, su hermano, lo hundía con el peso de la carne, y quería huir para salvarse.

El hombre al que había salvado estaba a su lado, un tipo pequeño encorvado, de mediana edad, con el polvo de piedra caliza blanca incrustado en los nudillos. Él también estaba hundido.

—Me salvó la vida —le dijo a Stefan, algo aturdido, en busca de una explicación. Su voz era la voz monocorde de los sordos.

—Sí, es lo que él haría —contestó Stefan—. Es lo que haría.

Salió del hospital para almorzar. Todo el mundo le preguntó por su hermano.

—Vivirá —respondía Stefan.

Fue al León Blanco para almorzar y bebió demasiado.

—¿Lisiado? ¿Él? ¿Kostant? Vale que le cayeron un par de toneladas de piedra en la cara, pero eso no le hará daño, está hecho del mismo material. No nació, lo sacaron de una cantera. —Se rieron de él, como de costumbre—. Sacado de la cantera. Como a todos vosotros.

Salió del León Blanco, bajó por la calle Ardure, cuatro manzanas en dirección a las afueras del pueblo y siguió recto, en paralelo a las vías del tren, caminando hacia el nordeste medio kilómetro. El sol de mayo brillaba pequeño y grisáceo en lo alto. Bajo los pies había polvo y pequeñas malezas. El karst, la llanura de piedra caliza, se movía con temblores diminutos a su alrededor por las oleadas de calor parecidas a las transparentes alas vibrantes de las moscas. Remotas y pequeñas, rígidas más allá de esa vibrante neblina grisácea, se alzaban las montañas. Había conocido las montañas desde lejos toda su vida, y dos veces las había visto de cerca, cuando tomó el tren a Brailava, una vez de ida, otra a la vuelta. Sabía que estaban cubiertas de árboles, de abetos con raíces que se aferraban a las orillas de los arroyos y con ramas oscuras en la niebla que se cerraba y se abría en los barrancos de la montaña bajo la luz del amanecer mientras el tren pasaba ruidosamente, bajando por las pendientes verdes como un velo que cae. Allí en las montañas, los arroyos corrían ruidosos a la luz del sol; había cascadas. Aquí en el karst los ríos eran subterráneos, silenciosos en las venas oscuras de piedra. Podías ir a caballo todo el día desde Sfaroy Kampe y aun así no llegar a ver las montañas, todavía estarías en el polvo de piedra caliza; pero al final del segundo día llegarías a la sombra de los árboles, al lado de los arroyos. Stefan Fabbre se sentó al lado del camino recto e irreal por el que había estado caminando y hundió la cabeza entre los brazos. Solo, a kilómetro y medio del pueblo, a medio kilómetro de las vías, a cien kilómetros de las montañas, se sentó y lloró por su hermano. La llanura de polvo y piedra se estremeció y torció el gesto a su alrededor bajo el calor, como el rostro de un hombre que sufre.

Regresó una hora más tarde del almuerzo a la oficina de la Compañía Chorin, donde trabajaba como contable. Su jefe se acercó a su escritorio.

—Fabbre, no tienes por qué quedarte esta tarde.

—¿Por qué no?

—Bueno, si quieres ir al hospital...

—¿Qué puedo hacer allí? No puedo coserlo y recomponerlo, ¿verdad?

—Como quieras —le contestó el jefe, y se marchó.

—No soy yo quien tiene un montón de piedras en la cara, ¿verdad?

Nadie le respondió. Cuando Kostant Fabbre cayó herido en el desprendimiento de rocas en la cantera tenía veintiséis años; su hermano tenía veintitrés; su hermana Rosana tenía trece. Empezaba a crecer alta y a ser cada vez más hosca, a dejar su peso sobre la tierra. Ahora, en vez de correr, caminaba, desgarrada y algo encorvada, como si a cada paso cruzara, sin querer, un umbral. Hablaba en voz alta, y se reía con fuerza. Respondía de forma agresiva a cualquier cosa que la tocara, una voz, una ráfaga de viento, una palabra que no entendiera, a la estrella de la tarde. No había aprendido la indiferencia, solo conocía el desafío. Por lo general, ella y Stefan se peleaban, tocándose el uno al otro donde cada uno estaba en carne viva. Esa noche, cuando llegó a casa, la madre no había vuelto del hospital y Rosana estaba en silencio en la casa en silencio. Había estado pensando toda la tarde sobre el dolor, sobre el dolor y la muerte; el desafío le había fallado.

—No te desanimes —le dijo Stefan mientras le servía las alubias de la cena—. Se pondrá bien.

—¿Crees que...? Alguien comentaba que podría quedar, ya sabes...

—¿Lisiado? No, se pondrá bien.

—¿Por qué crees que él..., ya sabes, corrió para empujar a ese tipo y apartarlo?

—No hay un motivo, Ros. Simplemente lo hizo.

Lo conmovió que le hiciera esas preguntas, y lo sorprendió la certeza de sus propias respuestas. No había pensado que tuviera respuestas.

—Es extraño —dijo.

—¿Qué?

—No sé. Kostant...

—Derribó la piedra angular de su arco, ¿verdad? ¡Bam! Una roca cae, todas caen.

Ella no lo entendió; no reconoció el lugar al que había llegado hoy, un lugar donde era como otras personas, donde compartía con los de-

más la singular catástrofe de estar viva. Stefan no era quien la podía guiar.

—Aquí estamos todos —siguió diciendo—. Cada uno de nosotros derribado bajo nuestra propia pila de rocas. Al menos, a Kostant lo sacaron de debajo de la suya y lo llenaron de morfina... ¿Te acuerdas una vez, cuando eras pequeña, cuando dijiste «cuando sea mayor me casaré con Kostant»?

Rosana asintió.

—Claro. Y se enfadó mucho.

—Porque mamá se echó a reír.

—Fue porque tú y papá fuisteis los que os echasteis a reír.

Ninguno de los dos comía. La habitación estaba cerrada y oscura más allá de la luz de la lámpara de queroseno.

—¿Cómo fue cuando murió papá?

—Estabas allí —le contestó Stefan.

—Tenía nueve años. Pero no lo recuerdo. Excepto que hacía calor, como ahora, y que había muchas polillas grandes estrellándose contra el cristal. ¿Fue la noche en que murió?

—Supongo que sí.

—¿Cómo fue?

Rosana trataba de explorar esa nueva tierra.

—No lo sé. Simplemente se murió. No se parece a nada más.

El padre había muerto de neumonía a los cuarenta y seis años, después de treinta años en las canteras. Stefan no recordaba su muerte con mucha más claridad que Rosana. No había sido la piedra angular del arco.

—¿Tenemos algo de fruta para comer?

La chica no le respondió. Estaba mirando el aire por encima del lugar en la mesa donde solía sentarse el hermano mayor. Su frente y las cejas oscuras eran como las de él, eran las de él: la semejanza entre parientes es identidad, el hermano y la hermana eran, por tanto o por tan poco, la curva de la frente y la sien, la misma persona; de modo que, por un momento, Kostant estuvo sentado al otro lado de la mesa en silencio, contemplando su propia ausencia.

—¿Hay fruta?

—Creo que hay algunas manzanas en la despensa —respondió volviendo a la realidad, pero con tanta tranquilidad que a los ojos de su hermano pareció brevemente una mujer, una mujer apacible que hablara pensativa, y le habló con ternura a esa mujer:

—Venga, vamos al hospital. Deben de haber terminado con él a estas alturas.

El sordo había vuelto al hospital. Su hija estaba con él. Stefan sabía que la muchacha trabajaba en la carnicería. El sordo, al que no le permitían la entrada a la sala de enfermos, retuvo a Stefan media hora en la calurosa sala de espera de suelo de pino que olía a desinfectante y a resina. Hablaba mientras caminaba, al sentarse, al levantarse de un salto, sin dejar de discutir en la voz alta aunque monótona de su sordera.

—No voy a volver al pozo. No señor. ¿Y si hubiera dicho anoche que no iba a volver a ir al pozo? Entonces, ¿qué habría pasado, eh? Pues que yo no estaría aquí ahora, ni tú ni tú ni él estaría, el de ahí dentro, tu hermano. Estaríamos todos en casa. De vuelta a casa sanos y salvos, ¿verdad? No vuelvo al pozo. No, por Dios. Me voy a ir a la granja, ahí es adonde me voy. Me crie allí, mira, al oeste en las colinas de allí, mi hermano está ahí. Volveré y trabajaré en la granja con él. Yo no vuelvo al pozo.

La hija se quedó sentada en el banco de madera, erguida e inmóvil. Tenía el rostro estrecho, y llevaba el cabello negro recogido en un moño.

—¿No tienes calor? —le preguntó Stefan, y ella respondió con gravedad.

—No, estoy bien.

Hablaba con voz clara. Estaba acostumbrada a hablar con su padre sordo. Como Stefan no dijo nada más, volvió a bajar la mirada y siguió sentada con las manos en el regazo. El padre seguía hablando. Stefan se pasó las manos a través del cabello sudado y trató de interrumpirlo.

—Bueno, a mí me suena a un buen plan, Sachik. ¿Por qué desperdiciar el resto de tu vida en los pozos?

El sordo siguió hablando.

—No te oye.

—¿No te lo puedes llevar a casa?



—No pude hacer que se marchara ni siquiera para el almuerzo. No deja de hablar.

Lo dijo en voz mucho más baja, tal vez por vergüenza, y el sonido le llamó la atención a Stefan. Volvió a frotarse el pelo sudoroso y la miró fijamente, pensando por alguna razón en humo, en cascadas y en montañas.

—Vete a casa. —Notó en su voz las cualidades propias de ella: suavidad y claridad—. Lo llevaré al León durante una hora.

—Entonces no verás a tu hermano.

—No se va a marchar corriendo. Vete a casa.

Una vez en el León Blanco, los dos bebieron mucho. Sachik le habló sobre la granja en las estribaciones, Stefan le habló sobre las montañas y su año en la universidad de la ciudad. Ninguno escuchó al otro. Stefan, borracho, acompañó a Sachik hasta su casa, una que formaba parte de las hileras de casas con paredes medianeras que la Compañía Chorin había levantado en el 95, cuando abrieron la nueva cantera. Las casas estaban en el extremo oeste del pueblo, y detrás de ellas el karst se extendía bajo la luz de la media luna una y otra vez, perforado, excavado, llano, respondiendo a la luz de la luna con su propia palidez tomada de tercera mano del sol. La luna, de segunda mano, desgastada en los bordes, estaba colgada en el cielo como algo que un ama de casa deja para acordarse de que necesita remendarlo.

—Dile a tu hija que todo irá bien —dijo Stefan tambaleándose en la puerta.

—Todo irá bien —repitió Sachik con entusiasmo—. Irááá... fibien.

Stefan se fue a casa borracho, por lo que el día del accidente se volvió borroso y se confundió en su memoria con el resto de los días del año, y los fragmentos que se quedaron con él: los ojos cerrados de su hermano, la chica morena mirándolo, la luna mirando a la nada no volvieron a su mente juntos como partes de un todo, sino por separado, con largos intervalos entre ellos.

En el karst no hay manantiales; el agua que beben en Sfaroy Kampe procede de pozos profundos y es pura, sin sabor. Ekata Sachik notó el

extraño sabor del agua de manantial de la granja que todavía tenía en los labios mientras limpiaba una sartén de hierro en el fregadero. La frotaba con un cepillo de púas rígidas, usando más energía de la necesaria, absorbida en el trabajo muy por debajo del nivel de placer consciente. La comida se había quemado en la sartén, el agua que le echaba salía marrón de las cerdas del cepillo, brillante a la luz de la lámpara. Ninguno de ellos sabía cocinar allí en la granja. Tarde o temprano, ella se haría cargo de la cocina y entonces podrían comer adecuadamente. Le gustaban las tareas del hogar, le gustaba limpiar, inclinarse con la cara ardiendo sobre el horno de una cocina de leña, llamar a la gente a la cena; era un trabajo animado y complejo, no aburrido como trabajar en la carnicería, devolviendo cambio, diciendo «buenos días» y «buenos días» todo el día. Se había ido del pueblo con su familia porque estaba harta de todo eso. La familia de la granja los había aceptado a los cuatro sin comentarios, como si fueran un desastre natural, más bocas que alimentar, pero también más manos para trabajar. Era una granja grande y pobre. La madre de Ekata, que estaba enferma, se arrastraba detrás de la tía y la prima, más bulliciosas; los hombres, el tío, el padre y el hermano de Ekata, entraban y salían con sus polvorientas botas. Hubo largas discusiones sobre la compra de otro cerdo.

—Es mejor aquí que en el pueblo, no hay nada en el pueblo —dijo la prima viuda de Ekata; Ekata no le respondió. No tenía respuesta para eso.

—Creo que Martin se volverá —dijo finalmente—. Nunca pensó en ser granjero.

Y, de hecho, su hermano, que tenía dieciséis años, regresó a Sfaroy Kampe en agosto para trabajar en las canteras.

Alquiló una habitación en una pensión. Su ventana miraba al patio trasero de los Fabbre, un cuadrado vallado de polvo y maleza con un abeto de aspecto triste en una esquina. La casera, viuda de un cantero, era morena, de espalda recta, tranquila, como la hermana de Martin, Ekata. Con ella, el chico se sintió varonil y relajado. Cuando estaba fuera, su hija y los demás inquilinos, cuatro hombres solteros de veintitantos años, se soltaban, se echaban a reír y se daban unos a otros palmadas en la espalda. El empleado ferroviario de Brailava sacaba su guitarra y

tocaba canciones de musicales moviendo los ojos como pasas colocadas en manteca de cerdo. La hija, de treinta años y soltera, se reía y se movía mucho, la blusa se le salía del cinturón por la espalda y no se la remetía. ¿Por qué hacían tanto alboroto? ¿Por qué se reían, se daban palmadas en los hombros, tocaban la guitarra y cantaban? Empezaron a burlarse de Martin. Él se encogía de hombros y respondía con brusquedad. Una vez respondió tal y como se hablaba en los pozos de la cantera. El guitarrista lo llevó a un lado y le habló seriamente sobre cómo uno debe comportarse frente a las damas. Martin escuchó con la cara roja y la cabeza inclinada. Era un chico corpulento y de anchos hombros. Pensó que podría agarrar al empleado de Brailava y partirle el cuello. No lo hizo. No tenía derecho a hacerlo. El empleado y los demás eran hombres; había algo que ellos entendían y que él no, la razón por la que hacían tanto alboroto, ponían los ojos en blanco, jugaban y cantaban. Hasta que entendiera eso, estaban justificados a la hora de decirle cómo debía hablar con las mujeres. Subió a su habitación y se asomó a la ventana para fumar un cigarrillo. El humo colgaba en el aire inmóvil de la tarde que rodeaba a los abetos, a los tejados y al mundo bajo una gran cúpula de cristal grueso de color azul oscuro. Rosana Fabbre salió al patio cercado de al lado, vació una olla con agua de lavar platos con un movimiento rápido y ágil de los brazos, y luego se quedó quieta para mirar al cielo, medio girada, una cabeza oscura sobre una blusa blanca, atrapada en el cristal azul. Nada se movió en cien kilómetros alrededor excepto las últimas gotas de agua en la olla, que una a una cayeron al suelo, y el humo del cigarrillo de Martin, que se rizaba y se alejaba entre sus dedos. Retiró lentamente la mano para que el pequeño rizo de humo no le cubriera un ojo. Ella suspiró, golpeó la olla contra la jamba de la puerta para sacudir las últimas gotas, que ya habían caído, se dio la vuelta, entró, y la puerta se cerró de golpe. El aire azul se reincorporó sin problemas al espacio donde ella había estado. Martin murmuró a ese aire impecable la palabra que le habían aconsejado que no dijera delante de las mujeres, y en ese momento, como si fuera una respuesta, la estrella vespertina brilló hacia el noroeste, clara y en lo alto.

Kostant Fabbre estaba en casa y a solas todo el día ahora que podía cruzar una habitación con muletas. Nadie pensaba en cómo pasaba esos

largos días silenciosos, probablemente el que menos lo hacía era él mismo. Un hombre activo, el trabajador más fuerte e inteligente de las canteras, capataz de cuadrilla desde los veintitrés años, no había tenido ninguna clase de experiencia en ratos de ocio o en la soledad. Siempre había utilizado su tiempo al máximo en el trabajo. Ahora el tiempo debía usarlo a él. Lo observó actuar sobre sí mismo sin consternación ni impaciencia, con atención, como un aprendiz mirando a un maestro. Empleó todas sus fuerzas para aprender su nuevo oficio, el de la debilidad. El silencio en el que pasaba los días se aferraba a él como el polvo de piedra caliza solía adherirse a su piel.

La madre trabajaba en la tienda de tejidos hasta las seis; Stefan salía del trabajo a las cinco. Antes había una hora de la tarde en que los hermanos estaban juntos a solas. Stefan solía pasar esa hora en el patio trasero, debajo del abeto, con expresión boba, suspirando, viendo a las golondrinas lanzarse tras insectos invisibles en el aire interminablemente oscurecido, o de lo contrario pasaba por el León Blanco. Ahora regresaba a casa enseguida y le llevaba a Kostant el *Mensajero de Brailava*. Ambos lo leían intercambiando las hojas del periódico. Stefan pensaba en hablar, pero no lo hacía. El polvo yacía sobre sus labios. No pasaba nada. Una y otra vez transcurría la misma hora. El hermano mayor se quedaba quieto, con su hermoso y tranquilo rostro inclinado sobre el periódico. Leía lentamente; Stefan tenía que esperar para intercambiar las hojas; veía cómo los ojos de Kostant se movían de una palabra a otra. Luego Rosana entraba despidiéndose a gritos de los compañeros de clase en la calle, la madre entraba, las puertas resonaban al cerrarse, y las voces se oían de una habitación a otra, la cocina humeaba y tintineaba, los platos entrechocaban, y la hora pasaba.

Una tarde, Kostant, que apenas había empezado a leer, dejó el periódico a un lado. Hubo una larga pausa que no incluyó ningún evento y de la cual Stefan, leyendo, fingió no darse cuenta.

—Stefan, tienes mi pipa justo al lado.

—Oh, claro —murmuró Stefan, y le pasó la pipa.

Kostant la llenó y la encendió, dio unas cuantas chupadas y la dejó a un lado. Tenía la mano derecha sobre el brazo de la silla, fuerte y relajada, conteniendo en ella un nudo de desolación demasiado pesado para le-

vantar. Stefan se escondió detrás de su periódico y el silencio continuó. «Le leeré esto sobre la coalición sindical», pensó Stefan, pero no lo hizo. Sus ojos insistían en buscar otro artículo, leerlo. «¿Por qué no puedo hablar con él?»

—Ros está creciendo —dijo Kostant.

—Está en ello —murmuró Stefan.

—Habrá que ocuparse de ella. He estado pensando en eso. Este pueblo no es un buen lugar para que se críe una niña. Hay muchachos salvajes y hombres duros.

—Eso lo encontrarás en cualquier lugar.

—Sí, eso seguro —admitió Kostant, aceptando la afirmación de Stefan sin dudar.

Kostant nunca había estado fuera del karst, nunca había estado fuera de Sfaroy Kampe. No conocía nada más que la piedra caliza, la calle Ardure y la Compañía Chorin, la calle Gulhelm, las montañas lejanas y el cielo enorme.

—Mira —dijo tomando de nuevo la pipa—, creo que es un poco obstinada.

—Los muchachos se lo pensarán dos veces antes de meterse con la hermana de los Fabbre —afirmó Stefan—. De todos modos, ella te escuchará.

—Y a ti.

—¿A mí? ¿Por qué me iba a escuchar a mí?

—Por las mismas razones —replicó Kostant, pero ahora Stefan ya había encontrado su voz.

—¿Por qué iba a respetarme? Tiene bastante sentido común. Tú y yo no hicimos caso de nada de lo que dijo papá, ¿verdad? Es lo mismo.

—No eres como él. Si eso es lo que has querido decir. Has tenido una formación.

—Una formación, sí, soy un auténtico profesor, seguro. ¡Dios! ¡Un año en la Escuela Normal!

—¿Por qué fracasaste allí, Stefan?

La pregunta no la hizo a la ligera; salió del silencio del corazón de Kostant, de su ignorancia austera y reflexiva. Nervioso al descubrir que él mismo, como Rosana, estaba tan profundamente metido en los pen-

samientos de aquel hermano reservado y magnífico, Stefan dijo lo primero que se le vino a la mente:

—Tenía miedo de fracasar. Así que no me esforcé.

Y ahí estaba, clara como un vaso de agua, la verdad que nunca había admitido en su fuero interno.

Kostant asintió, pensando en esa idea de fracaso, que seguramente no le resultaba familiar. Luego habló con su voz suave y resonante:

—Estás perdiendo el tiempo aquí en Kampe.

—¿Ah, sí? ¿Qué hay de ti?

—Yo no estoy desperdiciando nada. Nunca gané una beca.

Kostant sonrió, y el humor de su sonrisa enfureció a Stefan.

—No, nunca lo intentaste, fuiste directo al pozo a los quince años. Escucha, ¿alguna vez te lo preguntaste, alguna vez te paraste ni un momento a preguntarte «qué hago aquí, por qué entré en las canteras, para qué trabajo allí, por qué voy a trabajar allí seis días a la semana todas las semanas del año todos los años de mi vida»? Claro que hay otras formas de ganarse la vida. ¿Para qué? ¿Por qué se queda la gente aquí, en este pueblo olvidado de la mano de Dios, en este pedazo de roca olvidado donde nada crece? ¿Por qué no cogen y se van a otra parte? ¡Y me hablas de perder el tiempo! Por Dios, ¿para qué todo...? ¿Esto es lo único que hay?

—He pensado en eso.

—Yo no he pensado en nada más desde hace años.

—¿Por qué no te vas entonces?

—Porque tengo miedo. Sería como Brailava, como la universidad. Pero tú...

—Tengo mi trabajo aquí. Es mío, puedo hacerlo. Pero tú, adondequiera que vayas, todavía te preguntarás para qué sirve todo.

—Lo sé. —Stefan se puso en pie, un hombre delgado que se movía y hablaba de un modo inquieto, que dejaba a medio terminar sus gestos y palabras—. Lo sé. Te llevas a ti mismo. Pero eso significa una cosa para mí y otra distinta para ti. Te estás echando a perder aquí, Kostant. Es lo mismo que lo de ser eso, lo de ser un héroe, destrozándote el cuerpo por ese Sachik, un idiota que ni siquiera es capaz de ver que un desprendimiento de rocas se le viene encima...

—Es que no podía oírlo —lo interrumpió Kostant, pero Stefan ya no podía parar.

—Esa no es la cuestión; la cuestión es que dejes que ese tipo de persona cuide de sí mismo. ¿Qué es para ti, qué te importa su vida? ¿Por qué fuiste a ayudarlo cuando viste venir la avalancha? Por la misma razón por la que fuiste al pozo, por la misma razón por la que sigues trabajando en el pozo: por ninguna en concreto. Porque simplemente surgió la oportunidad. Simplemente sucedió. Dejas que las cosas te sucedan, aceptas lo que se te da, ¿cuando podrías cogerlo y hacer lo que te diera la gana con ello!

No era lo que había pensado decir, lo que había querido decir. Quería que Kostant hablara. Pero las palabras salieron de su propia boca y rebotaron a su alrededor como granizo. Kostant se quedó sentado y en silencio, su fuerte mano cerrada, sin abrirla. Al final respondió:

—Me estás convirtiendo en algo que no soy.

Aquello no era humildad. No tenía ninguna. Su paciencia era la del orgullo. Comprendía el anhelo de Stefan, pero no podía compartirlo porque no le faltaba nada; estaba intacto. Él seguiría adelante con la misma, espléndida y vulnerable integridad de cuerpo y mente hacia todo lo que le saliera al encuentro en su camino, como un rey exiliado en una tierra de piedra que llevara todo su reino, ciudades, árboles, gente, montañas, campos y vuelos de pájaros en primavera, en una mano cerrada, una semilla para la siembra; y, como no había nadie con quien hablar en su idioma, en silencio.

—Pero escúchame, dices que has pensado lo mismo, para qué sirve todo, ¿esto es lo único que hay en la vida? Si has pensado eso, ¿tienes que haber buscado la respuesta!

Kostant respondió tras una larga pausa.

—Casi la encuentro. En mayo pasado.

Stefan dejó de moverse inquieto y miró por la ventana delantera en silencio. Estaba asustado.

—Eso... eso no es una respuesta —murmuró.

—Parece que debería haber una mejor —admitió Kostant.

—Te vuelves morbosos todo el día sentado ahí... Lo que necesitas es una mujer —comentó Stefan inquieto, arrastrando las palabras, mirando

fijamente la tarde de principios de otoño que se levantaba de las aceras de piedra despejadas por las ramas de los árboles o el humo, uniforme, claro y vacío. Detrás de él, su hermano se echó a reír—. Es la verdad —insistió Stefan con amargura, sin volverse.

—Podría ser. ¿Qué hay de ti?

—Están sentados en los escalones de la casa de la viuda Katalny. Debe de estar otra vez de turno de noche de enfermería en el hospital. ¿Oyes la guitarra? Ese es el tipo de Brailava, trabaja en la oficina de ferrocarriles, persigue cualquier cosa con faldas. Incluso va a por la Nona Katalny. El chico de Sachik vive allí ahora. Trabaja en el nuevo pozo, me dijo alguien. Quizá en tu equipo.

—¿Qué chico?

—El de Sachik.

—Pensé que se había ido del pueblo.

—Lo hizo, se fue a una granja en las colinas del oeste. Este es su hijo, debe de haberse quedado aquí para trabajar.

—¿Dónde está la chica?

—Por lo que yo sé, se fue con su padre.

Esta vez la pausa se prolongó, se extendió a su alrededor como un estanque en el que sus últimas palabras flotaban, inconexas, vagas, desvanecidas. El cuarto estaba lleno de crepúsculo. Kostant se estiró y suspiró. Stefan sintió que la paz lo invadía, tan intangible y real como la llegada de la oscuridad. Habían hablado y no habían llegado a ninguna parte; no era el último paso; el siguiente llegaría en su debido momento. Pero, por un instante, estuvo en paz con su hermano, y con él mismo.

—Las tardes se acortan —comentó Kostant en voz baja.

—La he visto una o dos veces. Los sábados. Viene con un carro de la granja.

—¿Dónde está la granja?

—Al oeste, en las colinas, fue todo lo que dijo el viejo Sachik.

—Iría a caballo hasta allí, si pudiera —dijo Kostant.

Prendió una cerilla para encender la pipa. El destello del fósforo en el claro crepúsculo de la habitación también fue una cosa pacífica; cuando Stefan miró hacia la ventana, la noche parecía más oscura. La guitarra



había dejado de sonar y se estaban riendo a carcajadas en los peldaños de la casa de al lado.

—Si la veo el sábado, le pediré que se pase.

Kostant no dijo nada. Stefan no quería ninguna respuesta. Era la primera vez en su vida que su hermano le pedía ayuda.

Entró la madre, alta, ruidosa, cansada. El suelo crujió y chasqueó bajo sus pasos, la cocina resonaba y humeaba, todo era ruidoso en su presencia excepto sus dos hijos, Stefan que la eludía, Kostant que era su amo.

Stefan salió del trabajo el sábado al mediodía. Se paseó por la calle Ardure buscando el carro de la granja y el caballo ruano. No estaban en el pueblo, y se fue al León Blanco, aliviado y aburrido. Vino otro sábado y luego otro más. Era octubre, las tardes eran más cortas. Martin Sachik caminaba por la calle Gulhelm delante de él; lo alcanzó y lo saludó.

—Buenas noches, Sachik.

El chico lo miró con ojos grises inexpresivos; tenía el rostro, las manos y la ropa de color gris por el polvo de piedra, y caminaba de forma lenta y constante, como un hombre de cincuenta años.

—¿En qué equipo estás?

—El cinco.

Hablaba con claridad, como su hermana.

—Es el de mi hermano.

—Lo sé. —Siguieron caminando, acompasando la marcha—. Dijeron que quizá estaría de vuelta el mes que viene.

Stefan negó con la cabeza.

—¿Tu familia todavía está en esa granja? —le preguntó.

Martin asintió y se detuvieron frente a la casa de Katalny. Pareció animarse, ahora que estaba en casa y muy cerca de la cena. Se sentía halagado de que Stefan Fabbre le hablara, pero no lo acobardaba. Stefan era inteligente, pero se decía de él que era un tipo malhumorado e inestable, un medio hombre mientras que su hermano era un hombre y medio.

—Cerca de Verre —le explicó Martin—. Un sitio espantoso. No pude soportarlo.

—¿Y tu hermana puede?

—Se supone que tiene que quedarse con mamá. Debería volver. Es un sitio espantoso.

—Esto tampoco es que sea una maravilla —comentó Stefan.

—Te dejas la piel trabajando y nunca sacas dinero de ello, están todos locos en esas granjas. El sitio adecuado para padre.

Martín se sintió viril hablando irrespetuosamente de su padre. Stefan Fabbre lo miró, pero no con respeto.

—Quizá. Buenas noches, Sachik.

Martin entró en la casa con sensación de derrota. ¿Cuándo se convertiría en un hombre y no estaría sujeto a la reprimenda de otros hombres? ¿Por qué le importaba que Stefan Fabbre lo hubiera mirado y le hubiera dado la espalda? Al día siguiente se cruzó con Rosana Fabbre en la calle. Ella iba con una amiga; él, con otro cantero; todos habían ido a la misma escuela el año anterior.

—¿Cómo estás, Ros? —la saludó Martin en voz alta, dándole con el codo a su amigo.

Las muchachas pasaron altivas como grullas.

—Ahí va una bien guapa —comentó Martin.

—¿Esa? Es solo una niña —le dijo el amigo.

—Te sorprenderías —le contestó Martin con una risa bronca.

Luego levantó la mirada y vio a Stefan Fabbre cruzando la calle. En un momento se dio cuenta de que estaba rodeado, de que no había escapatoria.

Stefan iba de camino al León Blanco, pero al pasar delante del hostel del pueblo y de su establo vio el caballo ruano en el patio. Entró y se sentó en la recepción de color marrón del hostel con el olor a grasa de arnés y arañas muertas. Se quedó sentado allí durante dos horas. Ella entró, erguida, con un pañuelo negro en el cabello, tan esperada durante tanto tiempo y tan completamente ella misma que la vio pasar con simple placer, y solo se espabiló cuando empezó a subir la escalera.

—Señorita Sachik —la llamó. Ella se detuvo sobresaltada en la escalera—. Quería pedirte un favor. —La voz de Stefan sonaba espesa después de la extraña espera atemporal—. ¿Te quedarás aquí esta noche?

—Sí.

—Kostant estuvo preguntando por ti. Quería preguntarte por tu padre. Todavía tiene que quedarse en casa, no puede caminar demasiado.

—Padre está bien.

—Bueno, me preguntaba si...

—Podría pasarme. Iba a ver a Martin. Está al lado, ¿no?

—Ah, bien. Eso es... Esperaré.

Ekata corrió a su habitación, se lavó la cara y las manos polvorientas y, para decorar su vestido gris, se puso un cuello de encaje que había traído consigo para ponérselo al día siguiente al ir a la iglesia. Luego se lo quitó. Volvió a atarse el pañuelo negro sobre el cabello negro, bajó y anduvo con Stefan seis manzanas a través de la pálida luz del sol de octubre hasta su casa. Cuando vio a Kostant Fabbre, se quedó atónita. Ella nunca lo había visto de cerca excepto en el hospital, donde estaba cubierto por escayolas, vendajes, calor, dolor, la charla de su padre. Lo vio de verdad en ese momento.

Empezaron a hablar con bastante facilidad. Ella se habría sentido completamente a gusto con él si no hubiera sido por su extraordinaria belleza, que la distraía. Su voz era grave, sencilla y tranquilizadora, igual que lo que decía. Era lo contrario a su hermano pequeño, que no era nada atractivo pero con quien se sentía incómoda, perdida. Kostant era tranquilo y tranquilizaba; Stefan soltaba ráfagas como el viento otoñal, amargas e intermitentes; una nunca sabía dónde se hallaba cuando estaba con él.

—¿Cómo te va por allí? —le preguntó Kostant.

—Todo bien. Un poco triste —respondió ella.

—Dicen que el trabajo en una granja es el más duro.

—No me molesta lo duro que es, es la mugre lo que me molesta.

—¿Hay algún pueblo cerca?

—Bueno, está a medio camino entre Verre y Lotima. Pero hay vecinos, todo el mundo en un radio de treinta kilómetros se conoce.

—Seguimos siendo tus vecinos, según esos cálculos—intervino Stefan.

Su voz se fue apagando desde la mitad de la frase. Se sentía irrelevante para aquellos dos. Kostant estaba sentado con aspecto relajado, con la pierna herida estirada y las manos entrelazadas alrededor de la otra rodilla; Ekata lo miraba, con la espalda erguida, con las manos descansando cómodamente en el regazo. No se parecían, pero podrían haber sido hermano y hermana. Stefan se levantó murmurando una excusa y salió. Soplabla el viento del norte. Los gorriones saltaban en la tierra helada

debajo del abeto y sobre la capa de hierba alta. Las camisas, la ropa interior y un par de sábanas chasqueaban suavemente brincando en el tendedero entre dos postes de hierro. El aire olía a ozono. Stefan saltó la cerca, cruzó el patio de las Katalny hasta llegar a la calle y caminó hacia el oeste. Después de un par de manzanas, la calle se acababa. Una pista conducía a una cantera abandonada hacía veinte años cuando dieron con una capa de agua; ahora había seis metros de agua. Los niños nadaban allí en verano. Stefan había nadado allí, aterrorizado, porque nunca había aprendido a nadar bien y no había ningún punto de apoyo, y el pozo era muy profundo y frío. Un chico se había ahogado allí hacía años, el año anterior se había ahogado un hombre, un cantero se quedó ciego por las astillas de piedra en los ojos. El lugar todavía se llamaba Pozo Occidental. El padre de Stefan había trabajado allí cuando era niño. Stefan se sentó junto al borde del pozo y observó el viento atrapado entre las cuatro paredes, un remolino de temblores sobre el agua que no reflejaba nada.

—Tengo que ir a reunirme con Martin —dijo Ekata.

Mientras ella se ponía de pie, Kostant extendió una mano hacia sus muletas y luego se rindió.

—Me lleva demasiado tiempo ponerme en pie.

—¿Hasta dónde puedes llegar con eso?

—De aquí hasta allí —respondió señalando la cocina—. La pierna está bien. Es la espalda la que tarda en recuperarse.

—Entonces... ¿estarás bien para...?

—El doctor dice que en Pascua. Saldré corriendo y las tiraré al Pozo Occidental...

Ambos sonrieron. Sintió ternura por él y un orgullo por conocerlo.

—Entonces, ¿vendrás a Kampe cuando llegue el mal tiempo?

—No sé cómo estarán las carreteras.

—Si lo haces, pasa por casa. Si te apetece.

—Lo haré.

En ese momento, se dieron cuenta de que Stefan se había ido.

—No sé a dónde se ha ido —admitió Kostant—. Viene y se va, Stefan lo hace mucho. Tu hermano, Martin, me han dicho que es un buen chico y está en nuestro equipo.

—Es joven —dijo Ekata.

—Es difícil al principio. Yo entré a los quince. Pero luego, cuando ya eres más fuerte y conoces el trabajo, se hace más fácil. Bueno, le deseo lo mejor a tu familia.

Ella le estrechó la mano grande, dura y cálida, y salió. En el umbral de la puerta se topó con Stefan cara a cara. Se puso rojo. La sorprendió ver a un hombre sonrojarse. Habló, como de costumbre, yendo directamente al asunto.

—Estabas un año detrás de mí en la escuela, ¿verdad?

—Sí.

—Estabas con Rosa Bayenin. Ella ganó la misma beca que yo, pero al año siguiente. Está dando clase en la escuela ahora, en el Valone. Le sacó más partido a la beca de lo que yo hubiera hecho. Estaba pensando... Verás, es extraño cómo creces en un lugar como este, conoces a todo el mundo, luego te encuentras con alguien, y te das cuenta de que no lo conoces.

Ella no supo qué responder. Se despidió y se dirigió a la casa. No dejó de caminar mientras se volvía a atar el pañuelo para protegerse del viento que se levantaba.

Rosana y la madre entraron en la casa un minuto después que Stefan.

—¿Con quién hablabas en la puerta? —le preguntó la madre con brusquedad—. No era Nona Katalny, eso seguro.

—Tienes razón —replicó Stefan.

—Está bien, pero ten cuidado con esa, porque eres del tipo al que ella quisiera clavarle las garras, y no estaría bien, acabarías caminando a su lado como un cachorro mientras se dedica a entretener a los caballeros hospedados por su madre. —Ella y Rosana comenzaron a reír con su risa fuerte y malévola—. ¿Con quién hablabas, entonces?

—¿A ti qué te importa? —le respondió con un grito.

Sus risas lo habían enfurecido; fue como una lluvia de piedras duras y repiqueteantes, demasiado gruesas para esquivarlas.

—¿Quieres saber qué me importa quién está en mi propia puerta? Te lo voy a decir... —Las palabras saltaron para reforzar su ira como hacían con todas sus pasiones—. Tan engreído y altanero todo el tiempo con eso de que te ibas a la universidad, pero volviste a escondidas y a toda prisa

a casa, ¿eh? Y te voy a decir por qué quiero saber quién entra en esta casa...

—¡Sé quién era, era la hermana de Martin Sachik! —gritó Rosana.

Kostant apareció de repente junto a los tres, encorvado y alto con sus muletas.

—Basta —dijo, y se callaron.

No se dijo nada más, ni entonces ni después, ni a la madre ni entre los dos hermanos, acerca de que Ekata Sachik había estado en la casa.

Martin llevó a su hermana a cenar al Campana, la cafetería donde los capataces de la Compañía Chorin y los visitantes de la ciudad iban a cenar. Se sentía orgulloso de sí mismo por haber pensado en agasajarla, orgulloso de los manteles blancos y de los tenedores y cucharas soperas, intimidado por el camarero. Él con la chaqueta de domingo que se le había quedado pequeña y su hermana con su vestido gris se estaban comportando admirablemente, qué adultos eran. Ekata miró el menú con mucha calma, y su rostro no cambió de expresión en lo más mínimo cuando le murmuró:

—Pero hay dos tipos de sopa.

—Sí —respondió él con suficiencia.

—¿Tú eliges cuál quieres?

—Supongo que sí.

—Tienes que hacerlo, te quedarías lleno antes de llegar a la carne.

Se echaron a reír disimuladamente. Los hombros de Ekata temblaron; escondió el rostro detrás de la servilleta; la servilleta era enorme...

—Martin, mira, me han dado una sábana.

Ambos se sentaron resoplando y temblando de risa, sufriendo, mientras el camarero, con otra sábana al hombro, se acercaba inexorablemente.

Pidieron la cena de forma inaudible, y comieron con educación, con los codos presionados a los costados. El postre fue un pudín de harina de castañas, y Ekata, con los codos un poco relajados de placer, dijo:

—Cuando escribí, Rosa Bayenin me dijo que el pueblo en el que vive se encuentra justo al lado de todo un bosque de castaños, que todo el mundo va y recoge las castañas en otoño, los árboles crecen espesos como la noche, dijo, hasta la orilla del río.